

PRÓLOGO

Como su título indica, esta obra de Jorge Sánchez Fuenzalida trata de un fenómeno cada vez más evidente: la *guerra ideológica* que se está librando en todo el mundo contra los pueblos de Europa, o de origen europeo si viven en América. Esta *guerra ideológica*, que es una “guerra híbrida” o una “guerra de cuarta dimensión”, tiene por objeto destruir al hombre europeo u occidental disolviendo sus reflejos innatos, sus certezas heredadas de innumerables generaciones anteriores. Este proceso comenzó hace mucho tiempo: la revuelta iconoclasta en los Países Bajos, que alcanzó su apogeo en 1566 cuando los alborotadores incontrolados fueron expulsados de sus bases iniciales en el Hainaut meridional (hoy francés), es la primera manifestación de esta voluntad, ahora recurrente, de romper los resortes de nuestra cultura natural y espontánea. Estos emigrarán hacia los actuales Países Bajos y, desde allí, hacia Inglaterra, que quedará marcada por sus locuras hasta el paroxismo de la época cromwelliana. La restauración post-cromwelliana los expulsará hacia América, donde la furia calvinista adoptará contornos específicos, generando en la psique americana esa furia destructiva y belicista que experimentamos hasta la actualidad, ya sea el Pentágono o el Estado profundo, o sean los militantes antirracistas (auto-proclamados), las feministas delirantes o los alborotadores antifascistas los que provocan, hoy, una especie de “revolución naranja” no exportada, castigando duramente al propio territorio americano.

El espectáculo de estas furias destructivas hace perfectamente visible el proceso de autodestrucción y autodisolución del *homo europaeus*, primero en América del Norte y luego en Europa. La lucha planetaria contra los primeros inicios de esta pande-

mia teológico-ideológica fue una guerra dura y *katechónica*¹ dirigida principalmente por los reyes Felipe II y Felipe III, desde finales del siglo XVI hasta las primeras décadas del XVII, y fue seguida por las calamidades de la Guerra de los Treinta Años. *La política es filosofía aplicada*, nos recuerda Jorge Sánchez Fuenzalida: yo añadiría que, en este gigantesco trabajo de zapa para socavar los fundamentos del mundo espiritual y material nacido en Europa, la teología hipersimplificada, caricatura de los descendientes de los alborotadores del verano de 1566, es también política, pero política apocalíptica y no *katechónica*. Los alborotadores del verano de 1566 tuvieron como descendientes a los puritanos embarcados en el *Mayflower*, a los antiguos esclavos afroamericanos convertidos a esta religión caricaturesca, a los militantes LGBT o a los antifas que, sin saberlo, retornan a estos simplismos pseudoteológicos destructores y tienen como aliados a los revolucionarios institucionalizados de factura franco-jacobina y, sobre todo, a los wahabitas de la península arábiga, a sus discípulos salafistas de África del Norte y de otras partes. El conjunto de estos filones constituye un cóctel explosivo que sirve para destruir una cultura / civilización: en cualquier lugar en el espacio occidental, en la americanosfera atlantista, los procesos de disolución operan por la violenta intervención de cualquiera de estos avatares de la iconoclasia que aparecieron, por primera vez, en el condado de Hainaut durante el reinado de Felipe II.

Esta alianza es sutil, aparentemente inexistente, nunca explicada como tal en los medios de comunicación, siempre teledirigida desde las oficinas del *Deep State* que lleva la marca indeleble del puritanismo de los peregrinos del *Mayflower*. El objetivo es modificar todos los sustratos antropológicos surgidos de la his-

¹ *Katechónica*: En *Nomos de la Tierra*, el pensador político Carl Schmitt sugiere la importancia histórica en el cristianismo tradicional de la idea de la “restricción” *katechónica* que permite un cristianismo centrado en Roma, y que “significaba el poder histórico para restringir la aparición del Anticristo y el final de este eón”. El *Katechon* representa, para Schmitt, la intelectualización del antiguo “*Christianum Imperium*”, con todos sus poderes policiales y militares para hacer cumplir la ética ortodoxa.

toria de los pueblos, tanto a nivel cultural (borrando la historia y las estatuas que la recuerdan), como a nivel biológico (negando la dualidad sexual de la especie humana). El objetivo es imponer la nivelación del mundo entero, incluyendo las culturas y las civilizaciones no abrahámicas, las cuales parecen, por supuesto, oponer una mayor resistencia, que es propiamente katechónica, mientras que las potenciales fuerzas katechónicas del espacio occidental parecen incapaces de organizarse para poner fin al pandemónium.

Desde esta perspectiva, el “marxismo cultural”, por retomar una terminología propia del pensamiento paleoconservador americano, es un instrumento de este plan apocalíptico que tiene por principal objetivo destruir la base existencial de las familias (ya sea en el sentido amplio de la comunidad de hermanos y primos, o en el sentido del linaje, o en el sentido restringido de la pequeña familia nuclear). El marxismo, simplemente, antes de convertirse en “marxismo cultural” –sin ningún vínculo auténtico con el pensamiento del Marx de carne y hueso–, ya había socavado las referencias antropológicas de la Rusia soviética y de la Rusia de Boris Yeltsin, provocando una resaca demográfica inquietante, cuyas consecuencias todavía no han desaparecido. Se necesitará la acción de un Vladimir Putin para intentar volver a la sana antropología, base de toda civilización. Putin está haciendo un trabajo *katechónico*, igual que el húngaro Victor Orbán. Ambos oponen una forma teológico-antropológica tradicional, de factura greco-ortodoxa o romano-católica, a la forma iconoclasta que comienza destruyendo estatuas e imágenes antes de atacar, desde hace cuatro o cinco décadas, los fundamentos bio-ontológicos del hombre. Frente a este hombre, tal y como es, la iconoclasia postmodernizada postula otro hombre, tal y como debe ser, en nombre de estrepitosas elucubraciones, vaciado de toda sustancia, (de)generado, amnésico y desnaturalizado. La ideología de los derechos humanos, en esta óptica, no es ya la ideología que otorga derechos al ciudadano de la Ciudad –la *polis*–, al *zoon politikon* que es el hombre según Aristóteles, sino la molestia ideológica que sirve para promover un hombre, un homúnculo, que ya no se encuentra ensamblado en el seno del

cosmos, sino que está anárquicamente definido por toda una serie de demencias teológico-ideológicas.

El “marxismo cultural”, en este sentido, es un “marxismo descarriado”, cuya desviación ha sido operada durante décadas desde la redacción, por Marx, del *Manifiesto comunista* en 1844. A la dosis de mesianismo irrealista que este marxismo de los orígenes ocultaba, desde el principio, en su seno, se añade una fina colección de molestias ideológicas, con frecuencia extraídas de los “socialismos utópicos” (de los que Marx se burlaba), de las formas más débiles de rousseaunismo, cuyos avatares, en el siglo XX, fueron la moda hippy y las manías extraídas del libro de Herbert Marcuse, *El Eros contra la civilización*, donde el disfrute, consumista y no creativo, debe, mediante un trabajo constante y disolvente, deconstruir los fundamentos de la civilización. Otros, como Foucault o Derrida, exponentes de la *French Theory*, hablarán sin rodeos de la “deconstrucción”, un discurso disolvente tomado al pie de la letra por sus discípulos americanos, marcados, consciente o inconscientemente, por el malvado espíritu de los alborotadores de 1566 y los peregrinos del *Mayflower*. El eros de Marcuse, la deconstrucción de Derrida, el disfrute sin trabas de Foucault, son otros tantos ingredientes novedosos, calificados de modernos y progresistas, que el viejo fondo iconoclasta movilizará para continuar su obra destructiva. Aquí tenemos los elementos ideológicos del festimismo *sesentayochista*². A ellos se añadirán, una década más tarde, los elementos disolventes del neoliberalismo que podemos resumir en el lapidario eslogan de Margaret Thatcher: “*No hay sociedad*”. Así como recientemente ha subrayado el geógrafo y sociólogo francés Christophe Guilluy, brillante analista de las fracturas puestas en marcha en la sociedad francesa actual.

El hombre es un ser social, un *zoon politikon*, y no un individuo aislado. Al anunciar el destejido social e industrial, el desmantelamiento de las herramientas industriales y las deslocalizaciones, el neoliberalismo thatcheriano y reaganiano quería ter-

² Referencia a los acontecimientos de la revolución/emancipación cultural de París en mayo de 1968.

minar con el Estado, instancia a abolir. El Estado es, ciertamente, una forma abstracta, pero la *Ciudad tradicional* y aristotélica, el reino con una base étnica específica o no, no lo es: tales ciudades son el reflejo del cosmos, sobre el cual reina Dios, como el Rey reina en su reino y el *Dominus* en su *domus* (modesto u opulento).

La ideología LGBT, el festivismo y el neoliberalismo han contribuido a la demolición de los reinos de Dios, del Rey y del *Dominus* en sus áreas sociales respectivas. A pesar de las divisiones derecha/izquierda, donde la derecha ha sido seducida, especialmente desde Chirac en Francia, por el neoliberalismo, y la izquierda por el festivismo, a pesar de la xenofilia que retoma la fábula rousseauista del “buen salvaje”, sustituido por los polizontes de los suburbios, los falsos conservadores, liberales o demócrata-cristianos, seducidos por el thatcherismo, y los socialistas festivistas/xenófilos, están estrechamente aliados en su abominable trabajo de zapa de las referencias antropológicas, e incluso bio-ontológicas, de nuestra civilización. Nozick, en 1974, antes de que la calamidad thatcheriana se abatiera sobre Inglaterra, sintetizó claramente la problemática: el Estado (y todo el aparato jurídico romano/agustiniano) es un “freno” al eros marcusiano, a la libido desenfrenada a la que apelaba Cohn-Bendit, a los dismantelamientos de Thatcher, etc. El Estado, impulsado por voluntades afirmativas y constructivas, ya no es percibido como un motor de innovación o de iniciativas de todo tipo, sino como un lastre. Es una cuestión apriorística de las más cuestionables.

El pandemónium puesto hoy en escena, sobre todo desde la pandemia del Covid-19, ha reducido a la nada el sagrado derecho a la libre circulación de las personas y a las relaciones sociales, especialmente en Francia y en España, seguido por los disturbios antipoliciales en los Estados Unidos, tras la muerte de Georges Floyd, por las escenas de pillaje generalizado en América del Norte y en Europa –¡incluida Alemania!– y por la profanación orquestada de las estatuas de Cristóbal Colón, Cervantes, Kant, Leopoldo II, Balduino I, Bismarck, De Gaulle, Galeno, Churchill, Victoria, etc. El Kali Yuga, anunciado por la mitología hindú y por

los pensadores tradicionalistas, está ante nuestros ojos. Jorge Sánchez Fuenzalida aporta su mensaje a la respuesta que debe darse a esta intolerable situación. Proporciona las municiones ideológicas al *Katechon* que está por venir.

La iconoclasia destructiva, desde los alborotadores de 1566 hasta los antifas y los indigenistas franceses de hoy en día, son el fruto de una ideología de la *negación*, asentada en las mentes por los medios de comunicación y las escuelas desde que se estableció la era *sesentayochista*. Ya desde Adorno, Horkheimer y otras figuras de la Escuela de Frankfurt, se anunciaba el color: era necesario negar los fundamentos de toda civilización, combatir todas las ideologías afirmativas, planteadas, a priori, como intrínsecamente “fascistas”, socavar toda autoridad, comenzando por la de los padres. Vivimos hoy las calamitosas consecuencias de esta filosofía agresiva e irracional de la negación. Marcuse decretaba que esta negación era “dulce”, como el “dulce comercio” de los economistas puritanos, “dulces” como las caricias concupiscentes de los jóvenes amantes inmaduros (epimeteico y no prometeico).

Hoy, nosotros debemos negar la cultura descarriada de la negación, negar la gran negación, reivindicar sin temor la *negación de la negación*, porque toda negación de una negación se convierte en una afirmación. Frente al neoliberalismo, que ha llegado al final de su recorrido pero que ha dejado innumerables estragos detrás de él, hay que recordar que esta ideología rechazó todas las voluntades políticas –afirmativas por definición–, pretendiendo reestablecer un viejo camelo del siglo XVIII: la de la “mano invisible” y del lema “*laissez-faire, laissez-passer*”, donde ninguna intervención política y voluntaria era autorizada y donde la deslocalización antieconómica se nos quería vender como el fin de los fines de la economía: contradicción en los términos, porque el *oikos*, en griego antiguo, significaba el *lugar*. Realmente, no hay economía sin un *lugar*, estable, no móvil, del que el Rey o el *Spoudaios* (según Aristóteles) se preocupe por el bien de sus súbditos. “*Oikos*” dio el término latino “*vicus*” (villa, ciudad) y el neerlandés “*wijk*” (distrito en una ciudad), o incluso el sufijo inglés “-*wich*” (villa). La economía se desarrolla en luga-

res específicos y no deambula sin fronteras (que no son necesariamente estatales). Frente a la economía antieconómica del neoliberalismo thatcheriano, hay que restablecer las afirmaciones reguladoras y proteccionistas, porque ellas son katechónicas.

Afirmación y voluntad son, por otra parte, los conceptos salvadores, explicados al final del volumen por Jorge Sánchez Fuenzalida. Estos son los conceptos que siempre he querido promover en mi carrera de Casandra metapolitóloga, con mis camaradas Guillaume Faye y Ange Sampieru. Soy afortunado, por tanto, de que un joven de espíritu vigoroso, como el amigo Jorge, retome hoy la antorcha. Le deseo fuerza y vigor en esta lucha que ya ha comenzado, aunque el *Spoudaios* todavía no se vislumbre en el horizonte. Convertido en un viejo veterano después de más de cuarenta años de combate incesante, pronto podré, sin remordimientos y gracias a estos jóvenes como Jorge, recostarme de lado, como una vieja bestia, y morir apaciblemente.

Robert Steuckers
Forest-Flotzenberg, junio 2020

INTRODUCCIÓN

Hoy, en la penumbra de la más absoluta oscuridad de la conciencia del *Ser* humano, nos enfrentamos a la necesidad de dar respuesta a una pregunta esencial. ¿Se acabó el mundo? no me refiero, por su puesto, a la destrucción literal de la existencia del hombre en el mundo, ni de una hecatombe planetaria, me refiero pues al término de una determinada forma de orden cultural. Ese orden cultural corresponde a lo que constituyó a Occidente, aquello que lo fundó de una *verdad*, de un sentido, de un camino. Me refiero pues a la cultura occidental cristiana; es ese fundamento y esa práctica la que caducó, se acabó. Bajo esta perspectiva me refiero al contexto de reconocer que el mundo, el orden occidental cristiano se ha acabado. Y, por lo tanto, nuestras respuestas deben esclarecer si ese hecho cultural tiene lugar, o más bien, corresponde a una mera conjetura. ¿Por qué afirmo que el orden occidental cristiano ha caducado? Y puedo responder con otra pregunta: ¿Qué elemento da testimonio de la vigencia o decadencia de unas determinadas y particulares premisas de creencia? En el caso de la cultura occidental cristiana, el testimonio de que su cosmovisión se encuentra en *potencia* o en decadencia, la establece la práctica.

Aquellas interrogantes son las que me motivan a escribir este trabajo, que presento para los lectores críticos de las ideas modernas que intentan definir al hombre y la sociedad, a Dios o su improcedencia.

Guerra ideológica Es un trabajo que basa su argumento en la profundidad de la filosofía contemporánea, queriendo demostrar de este modo, que las ideas filosóficas permean a la sociedad, consiguiendo así la realización absoluta de un determinado “proyecto ideológico” que se hace posible mediante el cambio de las creencias. “*La política, es filosofía aplicada*”: aquella aseveración la posicionaremos como una premisa fundamental de este trabajo, pues en efecto, lo que en determinado tiempo y espacio se

proyecta como ideas revolucionarias, terminan por concretarse en políticas a nivel mundial. Ejemplo de ello, y después de un revolucionario “mayo francés”, la feminista Simone de Beauvoir procedió a enaltecer las ideas de “género” y de la liberación sexual como verdaderos emblemas de la “lucha política”. Aquello que se fortaleció con los años, no sería posible sin la existencia de una súper estructura ideológica destinada a diseminarse en todo el orbe. Es así como, por ejemplo, a raíz de los movimientos de liberación en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, se consolidó una “camada” de feministas que sustentaron un discurso muy claro y lúcido, potente por su solidez y consistencia teórica, pensadoras como Kate Millet y Shulamith Firestone dejaron bajo su legado, lo que actualmente se conoce como las “leyes de diversidad sexual” o “leyes de género”, y también por supuesto, las “leyes de aborto”. De esta manera, los discursos que hablan sobre la emancipación de la mujer respecto de su opresor patriarcal y su labor maternal; ideas que hablan sobre la neutralidad de los sexos; ideas que proyectan el matrimonio homosexual y la abolición de la familia, todo, estratégicamente hecho posible por las vanguardias intelectuales que marcaron generaciones.

Expuesto este breve relato, el lector puede por su parte comprobar bajo su propia investigación que, efectivamente, lo que se piensa como vanguardia filosófica, en determinado momento se vuelve política. Es así como la filosofía va “marcando la pauta” del proceso de cambio social, consiguiendo así configurar una determinada realidad destinada a dominar y a gobernar la mentalidad de los seres humanos. En el contexto de la dominación de pensamientos, y bajo los fines del presente trabajo, exponemos un sistema de dominación filosófica y política que dentro de su desarrollo actual presenta la superación de una contradicción principal: el relato popular que cuenta la histórica enemistad del marxismo y el capitalismo, a mi juicio, en este escrito, será refutado: la labor estratégica del proceso de emancipación cultural necesita del comunismo y del capitalismo para materializar su legado en la sociedad occidental cristiana.

En primer lugar, en efecto, nos referimos al marxismo: Carlos Marx proyectó de manera muy dedicada todo su trabajo filosófi-

co y político, pues no sólo pensó el marxismo, sino que presentó las bases y pilares de su desarrollo histórico. Claro está, la cuestión no debía quedarse en la mera abstracción teórica, la clave aquí fue la capacidad de llevar el marxismo a la práctica. Marx presentó así las reglas generales de la economía marxista, y para la cuestión social, toda su crítica dialéctica sería informada en un *Socialismo Científico* que analizaría a la sociedad y definiría al hombre, todo por lo cual, más tarde, también tomaría y acabaría de trabajar Vladimir Lenin. El enemigo dialéctico del comunismo marxista sería la hegemonía imperialista del capitalismo y todas sus inequidades e injusticias. En este sentido, el miembro del Partido Comunista soviético y fundador de la *Sociedad Filosófica de la URSS* Fedor Konstantinov, sostiene que después de la muerte de Marx, el marxismo como fundamento filosófico –materialismo histórico y dialéctico– entraría en una etapa de apogeo a nivel mundial. En este contexto y cursando el siglo XX, Konstantinov va a sostener:

“El capitalismo había entrado en su etapa final de desarrollo, en la etapa imperialista. En esta época se presenta el proceso de derrumbamiento del capitalismo y de instauración de una nueva sociedad, la sociedad socialista (Comunista)”.³

Para desgracia de Konstantinov, con el correr del tiempo y fruto del rigor de las vanguardias filosóficas, el comunismo y el capitalismo entrarían en una fase de *fusión filosófica* o cruzamiento de matrices doctrinales, dejando de lado las viejas disputas, los dos principios proceden a volverse uno. Aquí podemos despejar, por tanto, la primera contradicción, ¿Son realmente principios antagónicos el comunismo y el capitalismo? ¿Es efectiva la enemistad de los modelos de desarrollo comunistas y capitalistas? Para responder a esta pregunta, la respuesta tendremos que posicionarla bajo una cuestión central de la filosofía

³ Fedor. V Konstantinov, *Fundamentos de la filosofía marxista*, Editorial Grijalbo 1965, p. 104.

comunista: la abolición del Estado. Para el capitalismo, si se revisan los influjos filosóficos derivados del *Liberalismo Clásico* de John Locke, la cuestión de la propiedad privada y los derechos individuales –o el pleno respeto por el proyecto de vida personal, como dirían los liberatorios– son ciertamente, ideas que terminaron por decantar en las corrientes anarquistas del principio comunista. Determinamos aquí que, tanto comunistas como capitalistas definen el mismo objetivo principal, el cual además, se constata en la doctrina: ese objetivo no es otro que conseguir la abolición del Estado –en su sentido administrativo para el capitalismo y en el sentido cultural para el comunismo–.

A todas luces, podemos confirmar que tal contradicción histórica no es más que un cuento para disfrazar una labor conjunta, pues ambos principios que, en la práctica conforman las “dos caras de la moneda”, en ningún caso se establecerán radicalmente como modelos antagónicos, pues para que exista comunismo, debe existir capitalismo. Aquello lo confirma el pensador italiano Antonio Gramsci al afirmar que el comunismo, si se materializa como proceso histórico, debería hacerlo como un “*liberalismo maduro*”. En este sentido, podemos afirmar que, el Neo-comunismo actual, expresado desde la Escuela de Frankfurt y mayo francés del 68, conjuga tanto la deconstrucción como matriz filosófica, así también como toda la vertiente *Anarco-Capitalista*, configurando así una realidad política y social donde la Izquierda y a Derecha comparten la misma alma: a saber, la idea del principio de la *emancipación cultural*.

Sin embargo, ¿Qué quiere decir que el comunismo y el capitalismo estén fusionados? Tanto para el marxismo como el anarquismo, el fin político y social es uno, y usted ya puede reconocer cuál es: el proyecto histórico para abolir el Estado nacional. Respecto al capitalismo y su nueva fase de proyección filosófica que se sustenta en la matriz Anarco-Capitalista, podemos afirmar exactamente lo mismo. Se trata entonces de dos pensamientos, dos filosofías que en primer término comparten fundamentos bases, nos referimos al *Materialismo* como concepción del mundo. Ciertamente, para el marxismo será el *Materialismo dialecto e*

histórico el pilar de su cosmovisión, aquella idea matriz que daría a la clase trabajadora una base “científica” para la lucha política. De esta manera, no es abismalmente diferente el *Materialismo* como base filosófica del capitalismo y sus proyecciones teóricas modernas. Para este principio, la *fluidez* y la materia en permanente cambio propuesta por Marx, sería asumida con el correr de los años, más allá de profesar un idealismo racional que sustentaba una defensa de la creencia en Dios. No obstante, en definitiva, es la práctica la que delata al ladrón. En este sentido, el filósofo y educador norteamericano Robert Nozick, nos otorgará las ideas principales de la filosofía *Anarco-Capitalista* – sus principales ideas doctrinales, además, correspondían a los postulados de Rothbard –, cuya visión de este relevante tema se encuentran en su obra *Anarquía, Estado y utopía* publicada en 1974.

Nozick sostiene que la visión anarquista del Estado es una utopía magnífica a la cual, en realidad, las naciones modernas deben acercarse. Para él, los Estados actuales resultan ser unos verdaderos criminales por cuanto no permiten la libertad plena del individuo, afirmado así, que los Estados históricamente proyectados son los culpables de la tiranía, la injusticia y el usufructo. Se presenta, por lo tanto, un Estado que oprime al individuo y coarta su desarrollo. El Estado para Nozick, no es más que un aparato burocrático que tiene por objetivo engrandecerse y hacerse ferozmente dictatorial. Para el materialismo capitalista, es el individuo el centro de todo, su desarrollo y su proyecto personal, destinado a engordar su deseo de obtener “cosas” y acumular riqueza, corresponden en esencia, el sustento de la causa egoísta. No es la causa del Estado, es la causa del individuo. El materialismo capitalista, en contraste con el materialismo dialéctico, es un materialismo más “vicioso”, es decir, con la hegemonía del libre mercado y el flujo del capital, el individuo se ocupa únicamente de lo suyo. Siendo así, podemos definir que materialismo marxista interpreta al hombre, en cambio, el materialismo capitalista, interpreta a las cosas que determinan al hombre: el establecer a la economía como un *fin* en sí mismo.

Puede ser que, hasta acá, el lector pueda querer objetar algunas afirmaciones. Por ejemplo, usted puede asegurar que el comunismo es una ideología “estatista”. Dicha afirmación puede parecer cierta a primera instancia, y que el objetivo Anti-Estado no es verdadero. Sería necesario entonces, a modo de ejemplo, nombrar 4 elementos de la ideología comunista:

- La eliminación de las fronteras.
- Abolición del Estado.
- Institución del mercado mundial
- Gobierno mundial Comunista.

Aquellos objetivos que están íntimamente ligados, nada tienen que ver con la defensa y proyección de los Estados nacionales. Por su parte, el capitalismo también adosa a su desarrollo estas rúbricas generales de acción, sólo que no comparte los mismos títulos. Sin embargo, en la práctica, el libre mercado, la ideología liberal capitalista y su impronta individualista, no hacen más que acentuar la eliminación progresiva y sistemática de la “intromisión” estadual en los asuntos comerciales, por lo tanto, que las fronteras queden abiertas para dichos efectos, no es más que el viejo sueño comunista hecho realidad. Evidentemente, no gracias a la lucha de clases, sino más bien, gracias al modelo liberal individualista capitalista. En este sentido, las fronteras abiertas y los modelos liberales de desarrollo son una bomba de tiempo para los estados nacionales, pues constituyen modelos de dominación que atentan contra la legítima y soberana existencia de los pueblos. Puede parecer distinto el tenor, pero la música resulta ser idéntica, las aspiraciones comunistas y capitalistas son por definición Anti-Estados, en consecuencia, anti nacionales, contrarios al desarrollo genuino y determinante de los pueblos, contrarios por lo tanto, a las tradiciones e identidades de las comunidades de las naciones.

Con todo, entendiendo que tanto comunistas y capitalistas tienen como objetivo la abolición del Estado, esto hace que los dos caminos se proyecten hacia el mismo abismo. Es necesario conocer y entender este proceso ideológico radical que, como

sentenciamos, corresponde a un sistema de dominación del pensamiento destinado a preparar la llegada del *hombre nuevo*: aquel emancipado del sistema de creencia occidental cristiano; aquel que nada tiene que ver con la cultura histórica. En definitiva, zanjando así el esclarecimiento de la primera contradicción, la cuestión de la abolición del Estado significará en la práctica un esfuerzo permanente de ambos principios (comunismo y capitalismo), la tan aclamada *emancipación* del ser humano.

En segundo lugar, asumiendo necesariamente la unidad en la causa Anti-Estado del comunismo y del capitalismo, se hace presente como ya lo anunciamos, afirmar que, en cuanto a la filosofía de uno y otro principio, decir que son sinónimos, es por lo bajo muy acertado. Efectivamente, introduciéndose el lector en la lectura detenida y analítica de ambas matrices (por un lado el comunismo y sus vertientes históricas y por otro, la filosofía Anarco-Capitalista), podrá encontrar y definir que, en base a su objetivo ya conocido, que es la abolición del Estado, podemos constatar que bajo estas primeras apreciaciones, se determina un ánimo más complejo y más agresivo, una filosofía que contiene una cosmovisión y una determinación concreta, la cual habla sobre un ser humano que ya no sabe de causas, no sabe de verdades, por lo tanto, tampoco de certezas. No existe en la filosofía Neo-Comunista un fundamento, más que el fundamento de ir contra lo prohibido. Lo prohibido que estableció la sociedad occidental y su fundamento cristiano: lo prohibido que remarcó tan bruscamente la crianza religiosa y el deseo de corresponder a un “hombre de bien”; lo prohibido de un pensamiento occidental histórico que acampó sobre los llanos campos de la civilidad, la ética y la moral. No existe otro objetivo, más que el acabar con aquel *Hombre* que construyó occidente durante más de dos mil años. Fue entonces que Friedrich Nietzsche, con pesar y dolor anunciara la muerte de Dios, para que más tarde Michel Foucault hiciera la propio con el *Hombre*, que con dichos acotamientos filosóficos se profetizara sobre la caída de Occidente tal y como lo conocemos.

Ciertamente, la *emancipación radical* es aquella liberación que se sustenta en una concepción del mundo y del *Hombre*, des-

tinada a abolir todas las causas, todos los valores y todos los principios de un occidente moral y éticamente degenerado por las influencias que se permitieron cultivar. La emancipación tiene que ver con una cosmovisión, una doctrina y una práctica que tiene como condimento importante la agresividad de ir contra toda la herencia cultural cristiana. El objetivo entonces es el occidente cristiano, el cual será combatido por “otro occidente”. Aquel “otro” que corresponde a un espíritu agresivo que derrumbó todos los fundamentos de la tradición vivencial de la cultura occidental, acabando con su visión del *Hombre* y, por tanto, exterminando y aboliendo una visión del Pueblo, de la Nación y de la Familia, componentes y elementos genuinos y verdaderos, característicos de cada gran grupo de seres humanos que habitan este mundo. La *emancipación radical* se sustenta en el caos y la negación de toda trascendencia: serán las causas individuales y egoístas de los hombres que terminarán por derrumbar todo un proyecto de desarrollo histórico que compromete a la civilización entera. Por tanto, la *emancipación radical* del Hombre, significa en la práctica la muerte del *Hombre Occidental*. Pero no todo acaba con este acontecimiento, la emancipación del *Hombre* trae consigo otro suceso relevante: el caos fulminante de la crisis histórica de la filosofía comunista que predispone la guerra con aquellos que no acepten la emancipación. No se trata, por tanto, que el mundo caiga totalmente, se trata de la caída de un tipo de Hombre que fracasó en la construcción del mundo de bien y de verdad.